Memòria històrica – Que no torni a passar mai més, 10

Contra l’agricultura camperola

Segons Josep Fontana: Por el bien del Imperio

Una de las amenazas más graves que se ciernen sobre el mundo campesino es la de la generalización de las propuestas de resolver la insuficiencia de alimentos por la vía de establecer grandes explotaciones agroindustriales a costa del desalojo de la tierra de millones de cultivadores. Las políticas que proponen esta solución tienen el apoyo de las ideas del liberalismo ortodoxo, defendidas en este terreno por Paul Collier, un profesor de economía de Oxford que trabajó para el Banco Mundial en cuestiones sobre desarrollo, con especial referencia a África, quien sostiene que la solución a la falta de alimentos y a la pobreza africana reside en el desarrollo de una agricultura comercial en gran escala que haga uso de la ingeniería genética, desplazando una producción campesina de pequeños cultivadores, que es ineficaz porque los campesinos no actúan ni como empresarios ni como innovadores, puesto que están demasiado preocupados por asegurar su propia alimentación.

Collier sostiene además que esta política no puede desarrollarse de manera eficaz en África, donde los gobiernos son incapaces de garantizar las condiciones necesarias de seguridad y responsabilidad que se requieren para el desarrollo económico, sin una intervención militar externa, ya que “las fuerzas militares propias de estos países suelen ser más una parte del problema que un substitutivo de las fuerzas externas. Para legitimar este programa neoimperialista, Collier ataca, en nombre de la supuesta racionalidad de la agricultura industrial, los intentos de defensa de una producción campesina, que sostiene que responden tan solo a una tendencia ideológica romántica de las clases medias y altas “occidentales”.

Esta lucha contra la agricultura campesina, que exige expulsar a los hombres de sus tierras, configura una guerra que nadie quiere ver, con masacres realizadas muchas veces con la tolerancia e incluso la cooperación de las fuerzas armadas, que son silenciadas por los medios de comunicación y que, cuando acaban en un proceso contra quienes las han realizado, suelen ir acompañadas de prontas amnistías, como ocurrió en México respecto de la “masacre de Acteal”, efectuada en diciembre de 1997 por un grupo de paramilitares que asesinó a 45 campesinos de Chiapas, “hombres, mujeres, niños y niños por nacer en el vientre de sus madres”, y que no es más que un episodio del acoso cotidiano del Estado mexicano [el Gobierno que había entonces], con el ejército o con fuerzas paramilitares, contra los campesinos de Chiapas. O como ocurre con las repetidas matanzas efectuadas por los paramilitares colombianos. (…)

La realidad, como nos muestran los censos de la FAO, es que vivimos en un mundo en que hay unos 525 millones de explotaciones agrícolas que proporcionan medios de vida a un 40 por ciento de la población mundial. Cerca de un 90 por ciento de estas son pequeñas explotaciones de menos de dos hectáreas, que ocupan un 60 por ciento de toda la tierra arable y contribuyen substancialmente a la producción de alimentos: en África, por ejemplo, un 90 por ciento de la producción agrícola procede de estas pequeñas explotaciones. Transformar este panorama en otro de grandes empresas de producción agraria resulta discutible desde el punto de vista de la eficacia productiva a largo plazo, y tiene un coste humano intolerable, como el de condenar a millones de familias a abandonar sus tierras y seguir el camino que las acumula en las “ciudades miseria” de los suburbios, donde se hacinan ya mil millones de seres humanos.

Los presupuestos de una nueva “revolución verde” [semillas transgénicas, abundancia de pesticidas, gran uso de agua de riego, explotación por grandes empresas…] han sido también atacados, desde una perspectiva distinta, por los agroecologistas como Miguel Altieri, quien reivindica el pale de los millones de pequeños cultivadores del Sur global, que producen la mayoría de las cosechar básicas para alimentar a las poblaciones rural y urbana del planeta, y que sin embargo componen la mayor parte de los pobres del mundo. (…) Las pequeñas explotaciones son más eficaces que las grandes si se considera su producción total, y no solo los rendimientos de una cosecha única.

Marc Dufumier, por su parte, sostiene que la resolución de los problemas de la agricultura africana requiere, aparte de la adopción de métodos de cultivo agroecológicos, medidas de orden político y social, como “una redistribución igualitaria de las tierras que permita la creación de explotaciones agrícolas de talla media, en que los campesinos trabajarían directamente sus tierras, con el interés de movilizar lo mejor posible la fuerza de trabajo familiar para aumentar la producción”.

 Antoni Ferret (per la selecció dels fragments)

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

Violència, contra els defensors.

(Publicat en Revista de Amnistía Internacional.)

Diuen els companys i companyes:

El treball i el personal d’Amnistia Internacional som objecte d’atacs. Les nostres oficines a l’Índia han estat assaltades, i els nostres comptes bancaris congelats, per la qual cosa hem hagut de deixar de treballar en aquest immens país.

Els nostres companys i companyes a Nigèria reben amenaces violentes.

Fins i tot fa tan sols tres anys, col·legues de l’oficina d’Amnistia Internacional a Turquia van ser empresonats, acusats falsament de terrorisme. Si això succeeix a Amnistia Internacional, imagineu com és per a les persones que treballen sobre el terreny.

I és que 1.535 defensors i defensores dels drets humans van ser víctimes d’assassinat entre 2015 i 2019, 248 periodistes van entrar a la presó l’any 2019, i 350 persones transsexuals van ser assassinades.

Afortunadament hi ha esperances: el poder de la gent.

Amnistia Internacional, amb 10 milions de membres i simpatitzants, NO SERÀ SILENCIADA.